



[PEDRO RÚJULA]

(Alcañiz, 1965) es Profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza. Autor especializado en el estudio del carlismo y de los movimientos contrarrevolucionarios, ha publicado sobre estos temas varios libros: *Rebelión campesina y primer carlismo. Los orígenes*



del carlismo en Aragón (1995), *Ramón Cabrera. La senda del tigre* (1996), *Contrarrevolución. Realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840* (1998) y *Constitución o muerte. El trienio liberal y los levantamientos realistas en Aragón, 1820-1823* (2000).

Tiene, además, publicados estudios de historia local (entre ellos una historia contemporánea de Alcorisa) y de historiografía. Participó en el ciclo de conferencias de las Jornadas Andorra sg. XX y ha dirigido la reciente obra colectiva *Entre tambores*, sobre la Semana Santa en el Bajo Aragón.

RESISTIR LOS VIENTOS DE LA GUERRA

Pedro Rújula]



Ramón Cabrera y Griño (1806-1877), nacido en Tortosa y conocido como El Tigre del Maestrazgo, se convirtió en comandante de las tropas carlistas del Bajo Aragón como sustituto de Manuel Carnicer, fusilado por las tropas cristinas.

C] Cuando el ayuntamiento de Andorra intentaba en 1819 que el molino harinero fuera restituido al común de la villa y que la dehesa de los Consejos quedase libre para el aprovechamiento de los vecinos estaba poniendo de manifiesto una resistencia a dejar que las circunstancias superaran a la población sin, por lo menos, tratar de hacer algo por impedirlo. En esos momentos, concluida la guerra de la Independencia y con el sistema feudal repuesto por la monarquía absoluta de Fernando VII, el ayuntamiento trataba de suavizar a los vecinos los rigores del momento ampliando su acceso al patrimonio comunal del que podían extraer algunos recursos indispensables para la subsistencia: cocción del pan, aprovechamiento de leñas, pastos...

Sin embargo no se imaginaba que las dificultades económicas iban a tardar bastante tiempo más en desaparecer y que a la guerra recién superada le iban a suceder otras nuevas que afectarían al Bajo Aragón con particular saña. Reavivó el fuego de las armas la sublevación de los realistas en 1822, durante el trienio liberal, pero cuando la Tierra Baja ardió por los cuatro costados fue durante la primera guerra carlista.

Las primeras noticias que corrieron por Andorra antes de concluir el año 1833 no hacían presagiar la magnitud del enfrentamiento que se desataría más tarde. Ocho o nueve hombres armados, entre los cuales había algunos con caballos, que recorrían el término municipal y se aproximaban a Los Olmos. Otro grupo de unos veinte hombres que se aproximaban desde Híjar. O la presencia en la población del coronel Nogueras, que más tarde se haría célebre por su enfrentamiento directo con Ramón Cabrera y que llegaría a ministro. Nada que diese pie para grandes preocupaciones.

Al año siguiente, lejos de desaparecer la inquietud que sucedió a la muerte de Fernando VII, los motivos de preocupación fueron aumentando. En marzo pasó por Andorra la partida carlista comandada por Quílez que había entrado en Alcorisa quemando los papeles del Secretario y saqueando varias casas. Estos hombres armados, a los que se uniría Montañés, siguieron hacia Alloza, Oliete, Ariño, Albalate y Urrea realizando exacciones a su paso. En su persecución llegó, procedente de Alcañiz, una fuerte columna mandada por el brigadier Foxá.

Las tropas del ejército liberal pasaban llevándose con ellas la sensación de seguridad. Atrás quedaban los pueblos entregados a su propia suerte, como pudieron com-

probar los andorranos sólo unos días después, el 19 de abril, cuando vieron entrar en el pueblo al jefe Pericón con doce hombres montados a caballo y ocho más a pie. Exigió raciones para todos ellos y, tras haberlas cargado, salió con dirección a Ariño. A comienzos del mes de mayo la actividad subió de tono. Narciso Oliete, al mando de un centenar de insurrectos tomaron raciones en Andorra y se dirigieron a Alcorisa y, poco después llegó, Joaquín Carnicer, el jefe de los carlistas insurrectos de todo el Bajo Aragón, con una partida superior a 300 hombres y 70 caballos. Cuando éstos ya se habían marchado llegó el coronel liberal Nogueras.

La presencia de columnas del ejército solía provocar la fragmentación de las partidas carlistas, que así eludían mejor el acoso, pero no acababa con la actividad de los rebeldes. El día 20 entraba en Andorra el cabecilla Quintín Bespín con once hombres llevándose raciones para todos ellos y el 22 llegó la noticia de que Montañés estaba en la venta de la Barrabasa. A lo largo del mes de junio la presencia de partidas carlistas se incrementó. Recibieron la visita de Juan Manuel Celma con diez hombres montados y, más tarde, la de "el infame" Cristóbal Salvo, de Alcorisa. El alcalde ya no se atrevía a enviar por escrito los partes de información sobre la presencia de carlistas en el término municipal. Sin embargo, no se resignaba a que los rebeldes se enseñorearan del lugar y enviaba partes orales al gobernador de Alcañiz que tenía la responsabilidad de organizar la defensa de la zona. En julio fue Quílez quien tomó raciones en el pueblo y en agosto ocho "facciosos con una caballería, un caldero y una sartén" que se fueron después en dirección a Alloza. Por esas fechas llegó prisionero a Alcañiz un joven de 18 años, Pascual Tomás, natural de Andorra, que ya había sido indultado una vez y que se había incorporado posteriormente a la partida de Quílez. Según la normativa recién aprobada, sería fusilado unos días después.

En septiembre de 1834 continuó el desfile de notabilidades carlistas por Andorra o sus alrededores. Se vieron las partidas de Juan Manuel de Calanda o la de Salvo, de Alcorisa, aunque la visita más reseñable fue la de un joven beneficiado de Tortosa, al que en Albalate se le había denominado unos días antes como "el Cura Cabrera". Mandaba una pequeña partida de 50 hombres a pie y 12 a caballo que pasó muy cerca de la población.

La presencia periódica de tropas liberales en la población no impedía que los pliegos con noticias y órdenes que el ayuntamiento se intercambiaba con otras autoridades fueran interceptados por grupos de carlistas dispersos inte-



Cantavieja enclavada en un alto inexpugnable fue una de las capitales del carlismo, contando incluso con una academia militar. El Bajo Aragón quedó bajo su área de expansión e influencia.



Batalla de Huesca. Las tropas carlistas de la Expedición Real entraron en la capital oscense el 24 de mayo de 1837.

grados por un escaso número de hombres pero que ocasionaban una profunda sensación de aislamiento y descontrol. Tampoco podían impedir que poco después de su salida entraran nuevas partidas con ánimo de extorsionar a la población. Así sucedió al anochecer del 23 de diciembre de 1834 cuando entró una partida de 40 hombres, al mando de un capitán de Morella. Exigió 40 raciones de toda especie, 4 pares de alpargatas y 400 reales, y cuando lo hubo obtenido todo salió por el camino de La Mata.

La situación era cada vez más grave. Lo que parecía un estallido de violencia puntual



El ejército carlista tomó Calanda el 18 de abril de 1838.

al establecimiento de la Milicia Urbana".

Las casas fuertes no eran una panacea pero permitían salvar la vida después de haberse comprometido con el liberalismo. No sucedía lo mismo con los bienes que quedaban en las casas a merced de los asaltantes. Pero proporcionaba a los milicianos y a las autoridades la osadía suficiente para defenderse o, por lo menos, la libertad para que el alcalde pudiera seguir informando a las autoridades de la presencia de tropas carlistas en su pueblo e inmediaciones. En abril de 1835 se encontraba de nuevo Cabrera cerca de Andorra y tras él iba el comandante general. En junio eran Quílez y Garzón los que se presentaron seguidos por la misma tropa y en julio volvió a descender Quílez desde los puertos con 400 hombres y 50 caballos. Septiembre trajo un pequeño respiro de la presión ejercida por los carlistas como consecuencia de la dispersión provocada por Nogueiras en Peñarroya.

Los años siguientes el eje de la actividad carlista ascenderá hacia el Maestrazgo. La toma de Cantavieja supondrá el establecimiento de una capitalidad estable en el corazón de las sierras. El Bajo Aragón se convierte desde ese momento en una zona de abastecimiento. Las incursiones de los carlistas serán menos abundantes pero las exacciones mucho más cuantiosas. Ya no

se trataba de extraer las raciones para mantenerse un pequeño grupo de hombres durante una jornada, sino de obtener provisiones para los almacenes que debían alimentar a una tropa cada vez más numerosa. Andorra quedará en tierra de nadie, demasiado cerca del Maestrazgo para estar segura y demasiado lejos de los puntos neurálgicos para beneficiarse del interés de los liberales por mantener libres los lugares de importancia.

No correrá la suerte de Alcorisa, donde fue destruida cualquier posibilidad de resistencia, pero la presencia de importantes contingentes de tropa rebelde será frecuente. Cuando finalizaba 1837 las facciones de Valencia mandadas por Moreno y Añón estaban en Andorra dispuestas a saltar sobre la columna liberal de Abecia. Y en marzo de 1839 el propio Cabrera, con 8 ó 9 batallones, y quinientos caballos ocupaba de nuevo la población.

Realmente las cosas no comenzaron a cambiar hasta que la firma del Convenio de Vergara descompensó el equilibrio de fuerzas entre carlistas y liberales en el Maestrazgo. En ese momento, el general Espartero, que había capitalizado la paz en el Norte, llegó al Bajo Aragón rodeado de su aureola de vencedor con la intención de poner fin también aquí a la guerra. De camino a Mas de las Matas, donde asentaría su cuartel general, las tropas se establecieron en Andorra el 28 de octubre de 1839 y allí seguían los primeros días del mes siguiente.

Son las últimas noticias que tenemos sobre el impacto directo de la primera guerra carlista en Andorra. Desde allí saldrían a formalizar el cerco de las posiciones carlistas que mantuvieron durante el invierno. A la primavera siguiente comenzarían los asedios de las fortalezas. Segura, Castellote, Aliaga, Cantavieja, ... y, finalmente, Morella que cayó a finales de mayo de 1840. Terminaba la guerra pero no el conflicto en una zona que recurriría a la forma insurreccional del carlismo en otras ocasiones a lo largo del siglo XIX. ¶



Combate entre las tropas de Gamundi ("los tigres con boina") y las tropas gubernamentales en el Bajo Aragón.

mostraba tendencia a sostenerse en el tiempo y las autoridades eran conscientes de que la táctica basada en columnas del ejército sólo había servido para llevar a las tropas de un lado a otro en persecución de unos rebeldes que muchas veces ni siquiera llegaban a ver. Por eso se puso en marcha una nueva táctica que consistía en construir una "casa fuerte" en cada lugar cuyo control fuera estratégico y apoyarse en la voluntad de resistir de los vecinos. Andorra era una de las poblaciones que había mostrado, pese a las dificultades, mayor voluntad de mantenerse fiel a la legitimidad liberal y el número de sus vecinos en las filas carlistas era insignificante. El objetivo de estas casas fuertes era permitir a los comprometidos con el gobierno resistir al abrigo de violencia en un edificio fortificado el tiempo suficiente para que llegara una columna del ejército liberal en su ayuda. Con ello se pretendía "exterminar los rebeldes, animar el Espíritu público y dar impulso